

Cine experimental

Título:

Dos películas del oeste

Autor/es:

Gómez Mesa, Luis

Citar como:

Gómez Mesa, L. (1945). Dos películas del oeste. Cine experimental. (2):111-114.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42603>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÀCNICA
DE VALÈNCIA

FilmoTeca
de Catalunya

DOS PELICULAS DEL OESTE

P O R

LUIS GOMEZ MESA

A CABAN de exhibirse en nuestra pantallas dos films de tema y ambiente ya muy vistos, pero siempre interesantes, del más sugestivo tipismo norteamericano: "La diligencia" y "El forastero".

El cine hollywoodense nunca abandonó esta clase de relatos, pero los realizaba de un modo rutinario, sin cuidarse de su calidad humana y artística. Por seguir una tradición iniciada brillantemente en sus primeros tiempos.

Fué Thomas H. Ince—de una importancia de precursor y orientador similar a la de David W. Griffith y Cecil B. De Mille—el que descubrió en los dilatados horizontes del Far West, en sus hermosas praderas, un filón inagotable de asuntos sumamente cinematográficos.

Enamorado del paisaje y de las tramas de aventuras, Ince hace del cine un espectáculo dinámico y emocionante.

Violentas y sangrientas luchas entre "buenos" y "malos". Se disputan la tierra y el ganado. Y después de muchas peripecias termina por vencer el más fuerte y el más valiente. El vigor de los puños y la puntería en el manejo de pistolas constituyen los mejores medios triunfantes de estas peleas.

La cámara filmica, con su mágico ojo único, recoge extasiada esa rápida sucesión de sensacionales incidencias, pero de forma superficial, en su mera movilidad.

William S. Hart, "el hombre de la mirada de acero"—intérprete espléndi-

do del popular personaje Rio Jim—, impresiona grandemente con su intrepidez a todos los públicos.

Porque lo curioso de estas películas es que en los días de su auge gustaban a los más opuestos espectadores, de una manera completa, sin la menor discrepancia.

Muy pocos artistas de la pantalla alcanzaron la amplia celebridad que estos bravos "cow-boys", como el famoso Tom Mix, amparador del bien y héroe victorioso de tantos peligrosos y audaces episodios.

Ningún otro género novelesco y cinematográfico compendia mejor la historia de los Estados Unidos que éste de las duras contiendas en unas comarcas alejadas de la civilización y motivadas, justamente, para implantar sus leyes.

La película maestra de Thomas H. Ince se titula, precisamente "Civilización".

Otros admirables films de este tema—verificados en la época del cine mudo—son: "La caravana del Oregón", de James Cruze; "La barrera", de Rex Beach; "Cimarrón", de Wesley Rugless; "El caballo de hierro", de John Ford, y "Ángeles del infierno", de William Wyler.

Y de los últimos, Ford es el director de "La diligencia", y Wyler el de "El forastero".

¿Resaltan esas dos modernas películas del Oeste los mismos valores netamente cinematográficos que las antiguas?

Conservan íntegras sus puras cualidades de un genuino y grato cinematografismo, primordialmente visual. Y tienen, además, una hondura psicológica, expertamente matizada, que les infunde una alta categoría artística.

"La diligencia" sucede en los tiempos en que los "pieles rojas" acechaban, emboscados, el paso de los "rostros pálidos" para atacarlos. Dicho así, parece que se trata de una obra "a lo Feminore Cooper" o "a lo Mayne Reid". Y con ser, en efecto, una trama de aventuras, más que la propia acción—la marcha de la diligencia hacia un riesgo que se siente y presiente—, interesan los caracteres diferentes y profunda y certeramente definidos de sus personajes. Cada uno está angustiado por un problema íntimo, ajeno al de los otros. Necesitan llegar al punto de su destino. Se les ha anunciado lo peligroso que es el viaje. Pero pueden más sus preocupaciones y su afán por hallarse distantes del pueblo que dejaron que el miedo a morir.

John Ford, fervoroso conocedor del Oeste, ha ambientado esta película en un paisaje hosco, amenazador, de una sobrecogedora escenografía natural. Algunos parajes de la ruta son de asustante pesadilla. Y la diligencia continúa su marcha, interrumpida por unas pocas paradas, que sirven para que los via-



Un bello panorama de "La diligencia", de John Ford.



Un fotograma típicamente del Oeste de "El forastero", de William Wyler.

jeros exterioricen en gradual confianza sus sentimientos y sus pensamientos. Y sólo al final de la película se cumple la acometida de los indios. Creíamos que no les veríamos, y de pronto, en un rapidísimo movimiento, la cámara—tras contemplar desde la cima de una montaña a la diligencia—nos los enseña en su segura atalaya, prestos a lanzarse al ataque.

En una película antigua, los “pieles rojas” hubiesen actuado desde las primeras escenas, y su único interés—solamente de movida pericia—hubiese radicado en alargar la lucha, hasta la llegada de unos refuerzos salvadores de los blancos. En ésta ocurre también esto, pero en sus escenas últimas, cuando se ha dado ya consistencia humana a sus personajes.

Al descubrir el cine que su mejor técnica consiste en ser él mismo movilidad—y no reflejar quietamente el movimiento de los demás—, se asegura definitivamente el éxito. Y ésta es su condición cardinal: su visualidad viva, que se mueve en ritmos diferentes, según la índole de las tramas.

Y lo difícil es expresar las torturas recónditas de los personajes en películas, como éstas del Oeste, en las que predomina la aventura, o sea lo externo, la sugestión de las vicisitudes rápidas.

John Ford ha sabido utilizar en “La diligencia” la técnica peculiar del cine como en la mejor etapa de las películas mudas, superando a éstas en un especial cuidado en la realidad de sus personajes.

Acostumbrados a considerar estas películas como divertidas sucesiones de peripecias que no precisan explicarse, nos resistimos a aceptarlas en su ambicioso empeño artístico.

Y ¿por qué no admitir su mejoramiento?

En “El forastero”, igual que en “La diligencia”, hay tiros, persecuciones y “buenos” y “malos”. Pero por debajo—y por encima—de todo esto, que es lo privativo del género, late y se alza una poesía que embellece y engalana de novedad un tema muy visto ya.

El personaje del “juez” Nay Bean es magnífico. Obedecido por una gente que nada entiende de leyes, ni de otras razones que las que imponen la fuerza y la violencia, y que les importa un ardite “colgar” al que se le condena a esta pena, sin ninguna seria garantía de defensa, y de un carácter rudo y sanguinario, está románticamente enamorado de una cantante extranjera que se halla por esos lugares y que sólo conoce de fotografía.

Esta película de William Wyler no es la intriga usual de las proezas de un “cow-boy” y su heroína rubia y de ojos azules. Su verdadero protagonista es ese estupendo tipo de Nay Bean, que muere acribillado a balazos, pero feliz al sonreírle, aterrada, su adorada, a quien acaba de conocer.

“La diligencia” y “El forastero” significan el resurgir de un viejo género, indiscutiblemente muy cinematográfico, a unas elevadas zonas de exacta y emocional vibración humana, expresada en una diestra técnica de grandes calidades artísticas.

